

# DOS CONCEPCIONES DE LA VIDA

La guerra mundial no ha modificado ni fracturado únicamente la economía y la política de Occidente. Ha modificado o fracturado, también, su mentalidad y su espíritu. Las consecuencias económicas, definidas y precisadas por John Maynard Keynes, no son más evidentes ni sensibles que las consecuencias de una serie de experimentos, una fórmula y un método para resolver las primeras; pero no hallarán, seguramente, una teoría y una práctica adecuadas para anular las segundas. Más probable me parece que deban acomodar sus programas a la presión de la atmósfera espiritual, a cuya influencia su trabajo no puede sustraerse. Lo que diferencia a los hombres de esta época no es tan solo la doctrina, sino, sobre todo, el sentimiento. Dos opuestas concepciones de la vida, una pre-bélica, otra post-bélica, impiden la inteligencia de hombres que, aparentemente, sirven el mismo interés histórico. Hé aquí el conflicto central de la crisis contemporánea.

La filosofía evolucionista, historicista, racionalista, unía, en los tiempos pre-bélicos, por encima de las fronteras políticas y sociales, a las dos clases antagónicas. El bienestar material, la potencia física de las urbes, habían engendrado un respeto supersticioso por la idea del Progreso. La humanidad parecía haber hallado una vía definitiva. Conservadores y revolucionarios aceptaban, prácticamente, las consecuencias de la tesis evolucionista. Unos y otros coincidían con la misma adhesión a la idea del progreso y con la misma aversión a la violencia.

No faltaban hombres a quienes esta chata y cómoda filosofía no lograba seducir ni captar. Jorge Sorel uno de los escritores más agudos de la Francia pre-bélica, denunciaba por ejemplo, las ilusiones del progreso. Don Miguel de Unamuno predicaba quijotismo. Pero la mayoría de los europeos había perdido el gusto de

las aventuras y de los mitos heroicos. La democracia de las masas socialistas y sindicales, complacidas de sus fáciles conquistas graduales, orgullosas de sus cooperativas, de su organización, de sus "casas del pueblo" y de su burocracia. Los capitanes y los oradores de la lucha de clases gozaban de una popularidad, sin riesgos, que adormecía en sus almas toda veleidada revolucionaria. La burguesía se dejaba conducir por leaders inteligentes y progresistas que, persuadidos de la estolidez y la imprudencia de una política de persecución de las ideas y los hombres del proletariado, preferían una política dirigida a domesticarlos y ablandarlos con sagaces transacciones.

Un humor decadente y estetista se difundía,

sutilmente, en los estratos superiores de la sociedad. El crítico italiano Adriano Tilgher, en uno de sus remarcables ensayos, define así la última generación de la burguesía parisiense: "Producto de una civilización muchas veces secular, saturada de experiencia y de reflexión, analítica e introspectiva, artificial y líbresa, a esta generación crecida antes de la guerra le tocó vivir en un mundo que parecía consolidado para siempre y asegurado contra toda posibilidad de cambios. Y a este mundo se adaptó sin esfuerzo. Generación toda nervios y cerebro gastados y cansados por las grandes fatigas de sus genitores; no soportaba los esfuerzos tenaces, las tensiones prolongadas, las sacudidas bruscas, los rumores fuertes, las luces vivas, el aire libre y agitado; amaba la penumbra y los crepúsculos, las luces dulces y discretas, los sonidos apagados y lejanos, los movimientos mesurados y regulares". El ideal de esta generación era vivir dulcemente.

Cuando la atmósfera de Europa, próxima a la guerra, se cargó demasiado de electricidad, los nervios de esta generación sensual, elegante e hiperestésica, sufrieron un raro malestar y una extraña nostalgia. Un poco aburridos de vivir avec douceur, se estremecieron con una apatencia morbosa, con un deseo enfermizo. Reclamaron, casi con ansiedad, casi con impaciencia, la guerra. La guerra no aparecía como una tragedia, como un cataclismo, sino más bien como un deporte, como un alcaloide o como un espectáculo. ¡Oh!, la guerra,—como en una novela de Jean Bernier esta gente la presentía y la auguraba—"elle serait très chic la guerre".

Peró la guerra no correspondió a esta previsión frívola y estúpida. La guerra no quiso ser tan mediocre. París sintió, en su entraña, la garra del drama bélico. Europa, conflagrada, lacerada, mudó de mentalidad y de psicología.

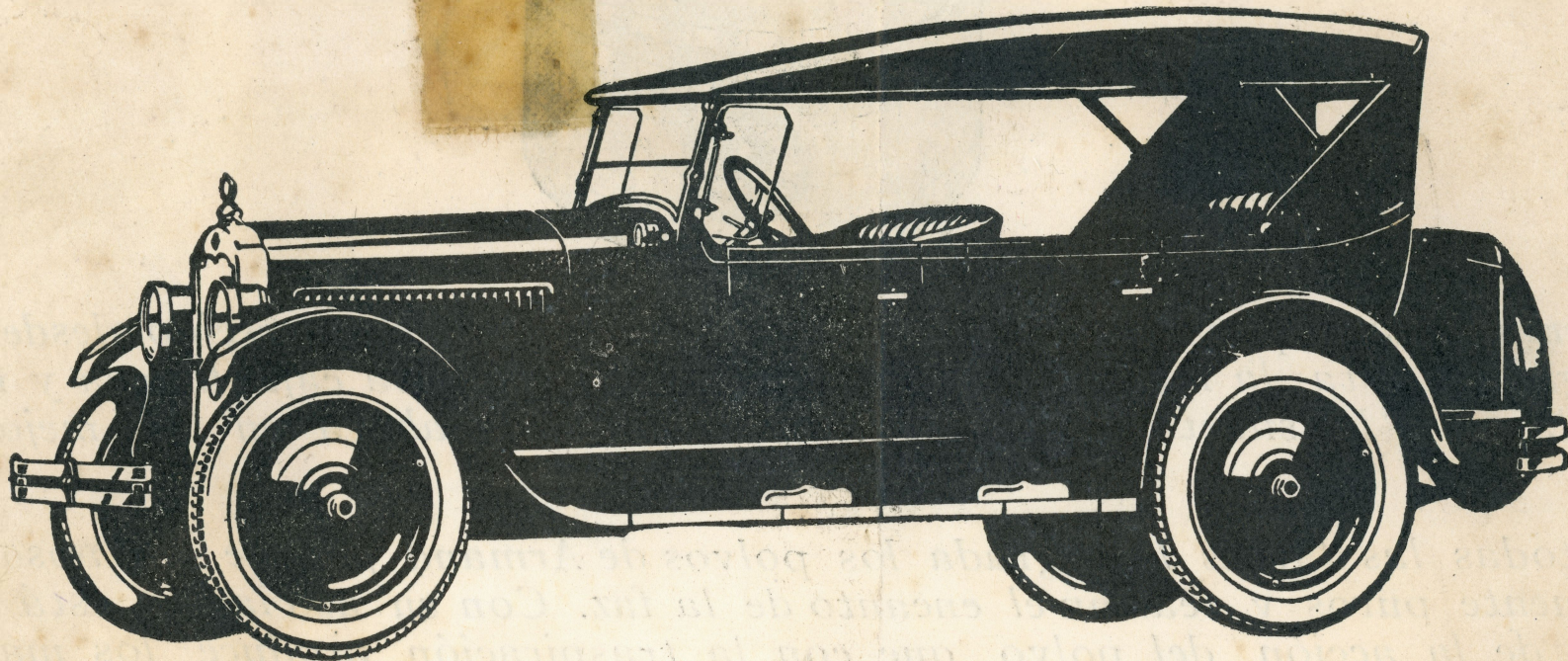


El mejor jabón para teñir

Agentes para el Perú

A. NORIEGA DEL VALLE.—S. en C.

# OLDSMOBILE



UN CARRO DE SEIS CILINDROS A UN PRECIO MENOR QUE EL DE MUCHOS AUTOMOVILES DE SOLO CUATRO CILINDROS.

La indiscutible superioridad de los automóviles de seis cilindros, sobre los de solo cuatro, hace que el anhelo de todo buen automovilista sea el de poseer un coche de seis cilindros.

Con la introducción del nuevo OLDSMOBILE se han realizado los deseos del público por un automóvil de seis cilindros a un precio módico, pues el nuevo OLDSMOBILE ofrece todas las comodidades de los coches caros junto

con sus cualidades características: Economía y Duración.

Disfrute Ud., con el nuevo OLDSMOBILE de todas las ventajas peculiares a los automóviles de seis cilindros: la marcha suave y silenciosa, la aceleración instantánea, la ausencia de vibración, a un precio menor que el de muchos automóviles de solo cuatro cilindros.

## L U I S J . T I R A D O

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO PARA EL PERU

SALON DE EXHIBICIONES  
BELEN, 1020. TEL. 3120.

GARAGE Y ESTACION DE SERVICIO  
WASHINGTON IZQ. TELF. 1881.



Todas las energías románticas del hombre occidental, anestesiadas por largos lustros de paz confortable y pingüe, renacieron tempestuosas y prepotentes. Resucitó el culto de la violencia. La revolución rusa insufló en la doctrina socialista un ánima guerrera y mística. Y al fenómeno bolchevique siguió el fenómeno fascista. Bolcheviques y fascistas no se parecían a los revolucionarios y conservadores pre-bélicos. Carecían de la antigua superstición del progreso. Eran testigos, conscientes o inconscientes, de que la guerra había demostrado a la humanidad que aún podían sobrevenir hechos superiores a la previsión de la Ciencia y también hechos contrarios al interés de la Civilización.

La burguesía, asustada por la violencia bolchevique, apeló a la violencia fascista. Confía muy poco en que sus fuerzazs legales bastasen para defenderla de los asaltos de la revolución. Mas, poco a poco, ha aparecido, luego, en su ánimo, la nostalgia de la grasa tranquilidad pre-bélica. Esta vida de alta tensión la disgusta y la fatiga. La vieja burocracia socialista y sindical comparte esta nostalgia. ¿Por qué no volver—se pregunta—al buen tiempo pre-bélico? Un mismo sentimiento de la vida vincula y acuerda espiritualmente a estos sectores de la burguesía y del proletariado, que trabajan, en comandita, por descalificar, al mismo tiempo, el método bolchevique y el método fascista. En Italia este episodio de la crisis contemporánea tiene los más nítidos y precisos contornos. Ahí la vieja guardia burguesa ha abandonado al fascismo. Y se ha concertado, en el terreno de la democracia, con la vieja guardia socialista. El programa de toda esta gente se condensa en una sola palabra: normalización. La normalización sería la vuelta a la vida tranquila. El desahucio o el sepelio de todo romanticismo, de todo heroísmo, de todo quijotismo de derecha y de izquierda. Nada de regresar, con los fascistas, al Medioevo. Nada de avanzar, con los bolcheviques, hacia la Utopía.

El fascismo habla un lenguaje beligerante y violento que alarma a quienes no ambicionan sino la normalización. Mussolini, en su discurso

del 2 de agosto, dijo: 'No vale la pena de vivir como hombres y como partido, y sobre todo no valdría la pena de llamarse fascistas, si no se supiese que se está en medio de la tormenta. Cualquiera es capaz de navegar en mar de bonanza, cuando los vientos inflan las velas, cuando no hay olas ni ciclones. Lo bello, lo grande, y quisiera decir lo heroico, es navegar cuando la tempestad arrecia. Un filósofo alemán decía: vive peligrosamente. Yo quisiera que esta fuese la palabra de orden del joven fascismo italiano: vivir peligrosamente. Esto significa estar pronto a todo, a cualquier sacrificio, a cualquier peligro, a cualquier acción, cuando se trata de defender la patria y el fas-

cismo". El fascismo no concibe la contra-revolución como una empresa vulgar y policial sino como una empresa épica y heroica. Tesis excesiva, tesis incandescente, tesis exorbitante para la vieja burguesía, que no quiere absolutamente ir tan lejos. Que se detenga y se frustre la revolución, claro, pero, si es posible, con buenas maneras. La cachiporra no debe ser empleada sino en caso extremo. Y no hay que tocar, en ningún caso, la Constitución ni el Parlamento. Hay que dejar las cosas como estaban. La vieja burguesía anhela vivir dulce y parlamentariamente. Italia desea vivir libremente y tranquilamente", escribe polemizando con Mussolini, "Il Corriere della Sera" de Milán. Pero unos y otros términos designan el mismo anhelo.

Los revolucionarios, como los fascistas, se proponen por su parte, vivir peligrosamente. En los revolucionarios, como en los fascistas, se advierte análogo impulso romántico, análogo humor quijotesco. La nueva humanidad, en sus dos expresiones antitéticas, acusa una misma intuición de la vida. Esta intuición de la vida no asoma, exclusivamente, en la prosa beligerante de los políticos. En unas divagaciones de Luis Bello encuentro esta frase: "Conviene corregir a Descartes: Combato, luego existo". La corrección resulta, en verdad, oportuna. La fórmula filosófica de una edad racionalista tenía que ser: "Pienso, luego existo". Pero a esta edad romántica, revolucionaria y quijotesca no le sirve ya la misma fórmula. La vida, más que pensamiento, quiere ser hoy acción, esto es combate. El hombre contemporáneo tiene necesidad de fé. Y la única fé, que puede ocupar su yo profundo, es una fé combativa. No volverán, quien sabe hasta cuándo, los tiempos de vivir con dulzura. La dulce vida pre-bélica no generó sino excepticismo y nihilismo. Y de la crisis de este excepticismo y de este nihilismo, nace la ruda, la fuerte, la perentoria necesidad de una fé y de un mito que mueve a los hombres a vivir peligrosamente.

José Carlos MARIATEGUI.



*Armand, la pequeña dama portadora de la belleza, ha merecido desde su llegada a esta, la más entusiasta acogida. La delicada caja blanca y rosada, con la silueta Luis XVI, es encontrada ahora en los mejores tocadores.*

*A todas las damas les agrada los polvos de Armand porque son absolutamente puros y realzan el encanto de la faz. Con su uso la tez está libre de la acción del polvo que con la traspiración produce los malos gérmenes que se traducen en manchas, escoriaciones y pecas.*

*Habrá mayor felicidad para una dama que notar la frescura y suavidad de su cara merced a los maravillosos polvos de Armand. Se adhieren de tal modo al cútis que nadie puede creer que la belleza y el encanto de la dama que los usa se deba a su mágico efecto.*

*Si quiere convencerse, pruebe Ud. hoy mismo ARMAND COLD CREAM POWDER comprando las cajas blanca y rosada en forma de sombrero*

**ARMAND**  
**F. GALLESE Lima-Perú**